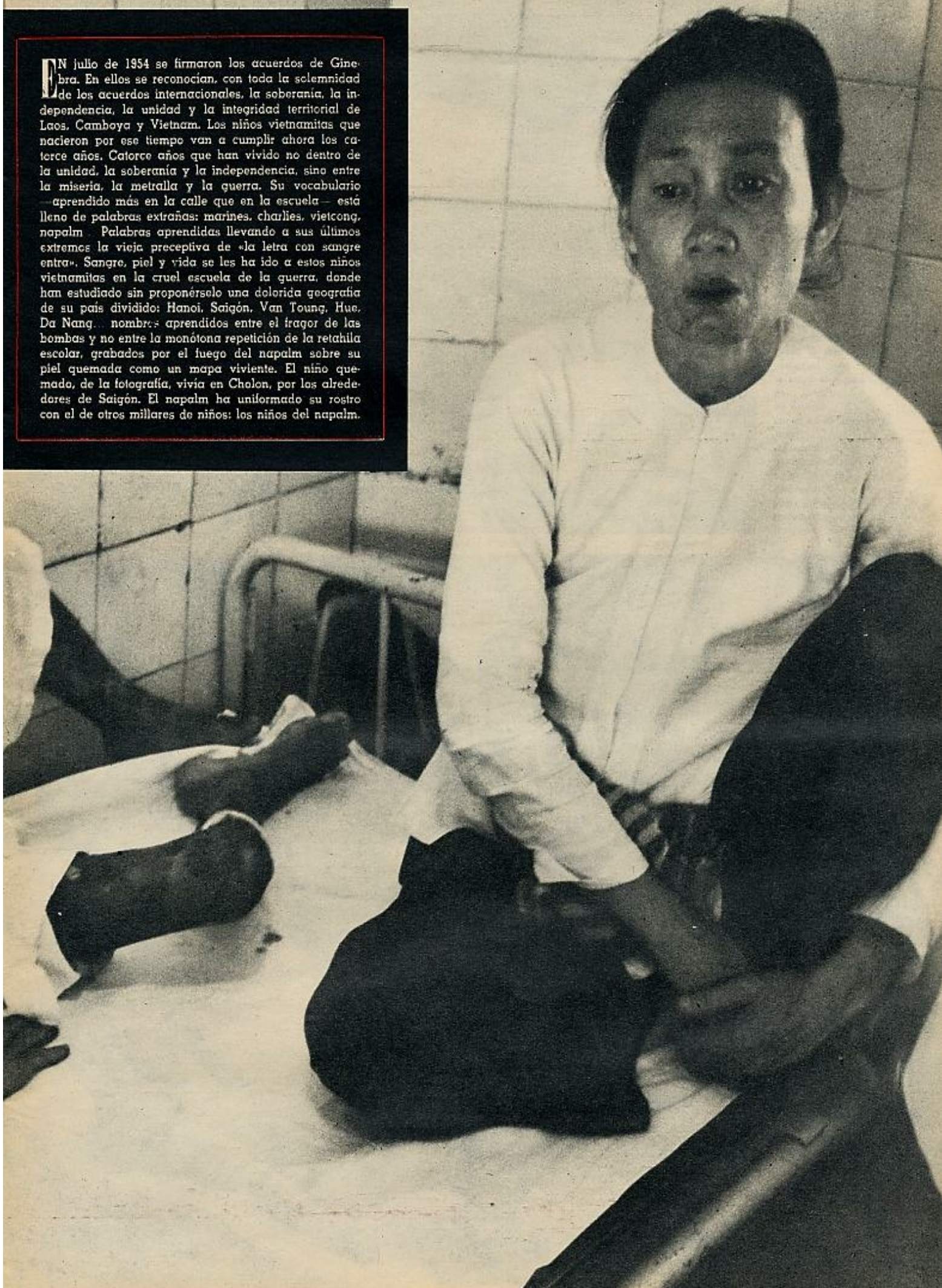


LOS NIÑOS DEL NAPALM



EN julio de 1954 se firmaron los acuerdos de Ginebra. En ellos se reconocían, con toda la solemnidad de los acuerdos internacionales, la soberanía, la independencia, la unidad y la integridad territorial de Laos, Camboya y Vietnam. Los niños vietnamitas que nacieron por ese tiempo van a cumplir ahora los catorce años. Catorce años que han vivido no dentro de la unidad, la soberanía y la independencia, sino entre la miseria, la metralla y la guerra. Su vocabulario —aprendido más en la calle que en la escuela— está lleno de palabras extrañas: marines, charlies, vietcong, napalm. Palabras aprendidas llevando a sus últimos extremos la vieja preceptiva de «la letra con sangre entra». Sangre, piel y vida se les ha ido a estos niños vietnamitas en la cruel escuela de la guerra, donde han estudiado sin proponérselo una dolorida geografía de su país dividido: Hanoi, Saigón, Van Toung, Hue, Da Nang... nombres aprendidos entre el fragor de las bombas y no entre la monótona repetición de la retahíla escolar, grabados por el fuego del napalm sobre su piel quemada como un mapa viviente. El niño quemado, de la fotografía, vivía en Cholon, por los alrededores de Saigón. El napalm ha uniformado su rostro con el de otros millares de niños: los niños del napalm.



LOS NIÑOS DEL NAPALM

Después de la batalla de Saigón, el hospital de Cholon quedó lleno de heridos. Muchos de ellos eran niños de pocos años, incapaces no ya de manejar un fusil, sino incluso de levantarlo un palmo del suelo. Sin embargo, quedaron dentro de la zona de bombardeos y sufrieron, como todos, los efectos de la guerra.



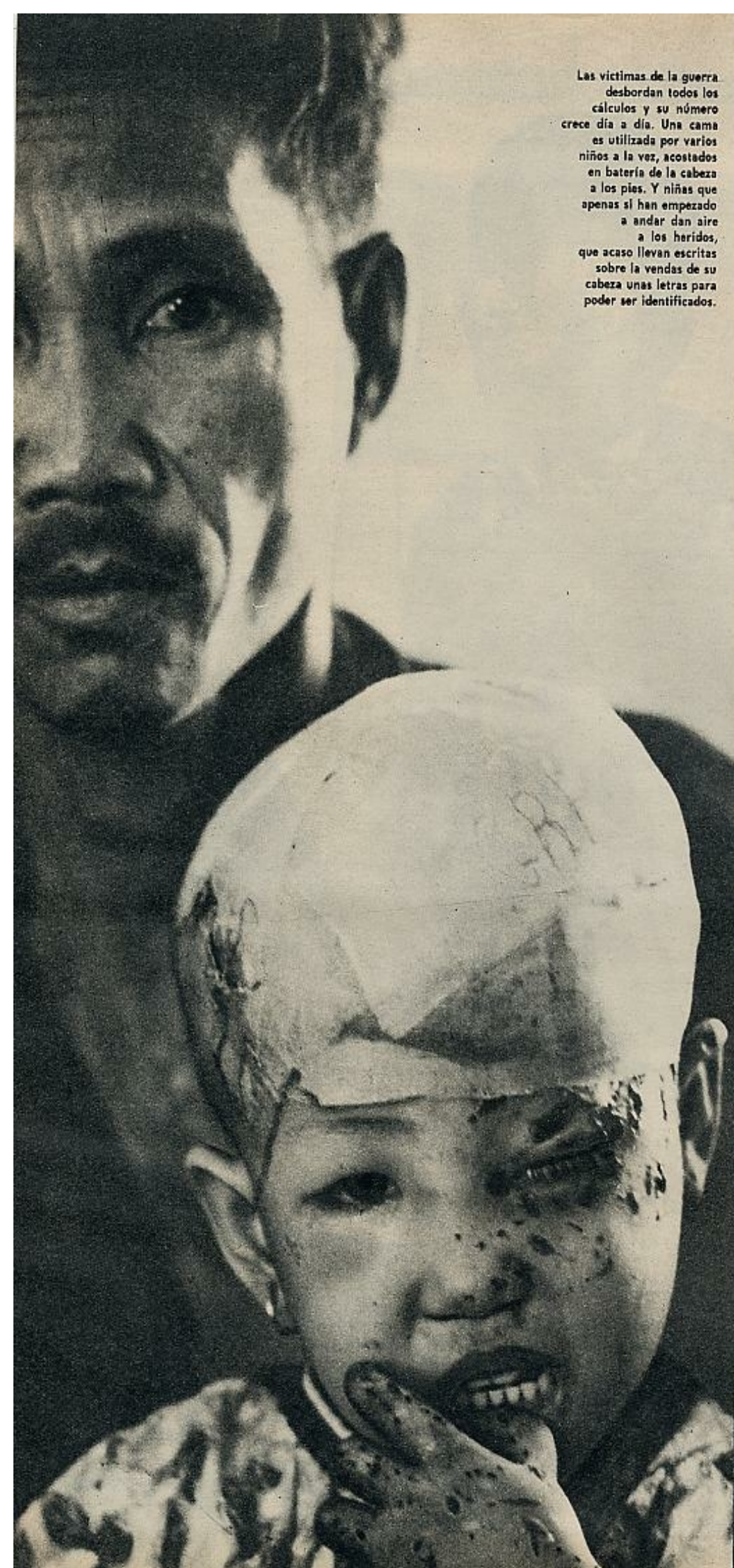


LOS vietnamitas menores de treinta años han nacido en la guerra. Primero fue la lucha contra los ocupantes franceses, y luego, el país combatió contra los invasores japoneses. En 1945, franceses, británicos y chinos de Chiang-Kai-Chek penetraron en el país para «desarmar» a los japoneses. Más tarde vendría la conferencia de Ginebra y el reconocimiento de la independencia a raíz de Dien-Bien-Fu y después fue la

llegada de los consejeros. Hoy, de aquellos primeros doscientos consejeros se ha pasado a más de medio millón de soldados americanos. Esta es la historia viva que ha hecho hombres a los niños vietnamitas. No hay estadísticas de los que se quedaron en el camino de los treinta años, de los que tal vez han tenido por mortaja las mismas ropas de la cuna. Han sido muchos. Tanto, que sus compañeros no miran los cadáveres, un

espectáculo repetido a diario, a cualquier hora de la jornada. Son niños educados, por la fuerza aplastante de las circunstancias, en ver la muerte violenta como algo natural, y cotidiano que se da en sus vidas con la misma frecuencia que en la vida de otros niños se dan los juegos, y que llevarán marcada en la personalidad de los hombres que serán mañana la huella de esta infancia.

Las víctimas de la guerra desbordan todos los cálculos y su número crece día a día. Una cama es utilizada por varios niños a la vez, acostados en batería de la cabeza a los pies. Y niñas que apenas si han empezado a andar dan aire a los heridos, que acaso llevan escritas sobre la vendas de su cabeza unas letras para poder ser identificados.





LAS quemaduras del napalm suelen ser de tercer y cuarto grado. Las estadísticas señalan que el cincuenta por ciento de las personas que sufren quemaduras en un bombardeo con bombas de napalm mueren. Pero no acaba ahí todo. El que sobrevive tiene una curación muy difícil. Se estima que el setenta y cinco por ciento de ellos se ve amenazado siempre por una cicatrización laboriosa, a veces regresiva, con ulceraciones y complicaciones posteriores. La quemadura de las bombas de fósforo produce una mortalidad del setenta o setenta y cinco por ciento. Además, después de recibido el impacto, el fósforo sigue quemando: los fragmentos introducidos en la carne actúan durante ocho o diez horas. Las bombas de bolas y las de fragmentación no se quedan atrás en esta carrera de la muerte. Sus efectos son terribles: una pequeña herida exterior, por la que ha entrado la metralla, oculta con frecuencia un enorme daño interno. Los cirujanos se enfrentan con dificultades que a veces son insalvables. Las bombas clásicas quedan —frente a estos nuevos ingenios de destrucción— como algo mucho más blando y humano, si fuera lícito aplicar una palabra así. La única protección de los niños de Vietnam ante esto son unos pantalones y una camisa raída.

(Reportaje gráfico RADIAL PRESS)